

rente de ellos como es la historia latinoamericana.

El segundo volumen contiene un extenso estudio acerca de «la transición al capitalismo periférico»; vale decir, el tránsito desde el periodo colonial al capitalismo. Encuentran, en casi todos los países, procesos básicos similares: «Estas transformaciones se efectuaron a través de tres procesos básicos: la abolición de la esclavitud, la reforma liberal y la colonización de áreas vacías». Cada uno de estos aspectos ha sido estudiado siguiendo un ordenamiento que, por fuerza, se resuelve de manera descriptiva: tal es, por ejemplo, el caso del apartado que lleva por título: «Colonización de áreas vacías». El conjunto nos provee, sin embargo, de los elementos suficientes para plantear una interrogante centrada en la existencia o insuficiencia de una acumulación primitiva de capital sobre la base de los elementos señalados más arriba.

Entramos así en una de las instancias medulares de la obra, de acuerdo a su ordenamiento temático: las economías de exportación, cuyo estudio inician los autores a partir de un límite cronológico situado en el año 1870, cuando se consideran suficientemente permeables las estructuras de América Latina a los incentivos de tipo capitalista, y prolongan hasta 1970. Inútil sería ensayar una reseña de todos los temas abordados en el libro sobre tan complejo y conflictivo periodo, inserto en la historia de larga duración. Anotaremos, sin embargo, que el capítulo examina, sin dejar de lado el planteamiento de sus temas concurrentes, la experiencia latinoamericana en su vinculación con el mercado mundial; nos ofrece una descripción estructural del desarrollo, y culmina indagando la naturaleza del crecimiento económico del continente.

El material cuantitativo ha sido integrado en numerosos cuadros y gráficas que cumplen la tarea de hacer más comprensibles algunos sectores abordados por la exposición general. Debemos señalar, finalmente, que una obra que ha sido escrita con los presupuestos arriba mencionados resulta siempre, aun teniendo presentes las limitaciones historiográficas analizadas, una aportación importante, llamada a ocupar un sitio destacado en la bibliografía especializada. ■ **NELSON MARTINEZ DIAZ.**

SANTIAGO RAMON Y CAJAL O LA PASION DE ESPAÑA

«Se trata aquí de saber cómo el hombre Santiago Ramón y Cajal pasó a la historia de su pueblo, qué puesto tiene en ella, qué ha aportado a la configuración histórica de este singular pedazo de la humanidad a que damos nombre de España», dice Pedro Lain Entralgo en la introducción —texto complementario— que hace a la obra de Agustín Albarracín editada espléndidamente por Editorial Labor.

De no ser tan monumental la figura humana y científica del autobiografiado, esencial más allá de las fronteras, estrechas en cualquier caso, que impone Lain, pasaría a un primer plano la magnífica edición de la obra, lujosamente cuidada, con profuso material fotográfico y elegancia artística en la confección de cada una de las páginas y de su conjunto.

Pero también está presente el trabajo documental y de bella expresión literaria que ha conformado Agustín Albarracín. El descubridor de islas desconocidas y maravillosas que pretendió ser don Santiago, el romántico naturalista, el científico, el investigador, el galardonado con el premio Nobel de 1906, el artista, el hombre que fue y que como tal ha permanecido siendo en el recuerdo de la comunidad de gentes a la que él entregó toda su vida y su

trabajo, vive en las páginas que nos deleitan con su lectura.

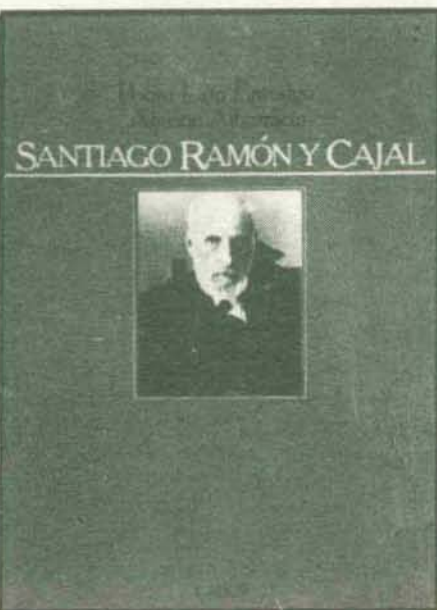
En ocasiones el autor deja libre al personaje para que sea él mismo quien nos narre cosas de los suyos: «Mi hijo mayor, que prometía ser mozo...»; de su trabajo científico: «Conocer el cerebro equivale a averiguar el cauce material del pensamiento y de la voluntad»; de su patriotismo: «No; digan cuanto gusten derrotistas y augures pusilánimes, el ímpetu de nuestra raza no se extingue fácilmente...»; de su tiempo: «Somos aún demasiado supersticiosos. Miles de años de fe ciega en lo sobrenatural, parecen haber cerrado en el cerebro algo así como un **ganglio religioso**...». De sí mismo siempre. Diálogos con sus discípulos más allegados. Pero es casi siempre sin comillas que directamente es el propio don Santiago quien nos habla.

Zaragoza en 1873, cuando acaba de concluir sus estudios médicos, ya es Licenciado. La Valencia de la Restauración, y él en el claustro de la Facultad de Medicina. A Cuba destinado viaja desde Cádiz. El Madrid de finales de siglo le conocerá. Desastre de Cuba, España pierde sus últimas posesiones imperialistas, Ramón y Cajal sufre depresión por ello. Luego irían viniendo los honores académicos de toda índole. Y primera guerra mundial. Y una vida cotidiana, amable, ligada también al mundo de la creación artística, de la participación social desde la perspectiva científica y de las ideas.

Médico. Especialista en evolucionismo biológico y anatomía comparada. Microbiólogo. Cultivador del hipnotismo. Pintor. Descubridor de la neurona, unidad celular del sistema nervioso. Histólogo universal. Etcétera. Preocupado por el arte y la ciencia fotográfica. Etcétera. De nuevo, al fin, persona.

Resumir en comentario, tan obligadamente corto, existencia tan plena de actividad y sentimiento es algo que ni siquiera puede pretenderse. Tan sólo dar la noticia de la existencia de esta obra, a través de la cual queda perfectamente nitido aquel ciclo vital que terminó el día 17 de octubre de 1934 y que se había iniciado en Petilla de Aragón el día 1 de mayo de 1852.

A veces, demasiadas, la técnica, la ciencia, se utilizan por su creador, su poseedor: el hombre, en el sentido más negativo de su realidad; dándole el empleo más nefasto, el sen-



tido más destructivo. Así el progreso tiende casi inevitablemente hacia la aniquilación de lo humano. Ramón y Cajal no lo entendió de tal manera. Sino que él puso sus conocimientos al servicio exclusivo de un futuro esperanzador para la humanidad entera. ■ VICTOR CLAUDIN.

«DE LA SEMANA TRAGICA AL 20-N»

Rafael Abella es un escritor que se ha distinguido por la investigación a nivel sociológico de determinados periodos históricos de nuestro país. Así, publicó dos excelentes volúmenes sobre la vida cotidiana en las zonas republicana y franquista durante la última guerra civil española. Hoy nos presenta un nuevo texto cuyo título nos señala el periodo narrado: desde la llamada Semana Trágica barcelonesa de 1909 hasta la muerte del dictador general Francisco Franco en 1975.

Abella no se sitúa, supongo que adrede, en el terreno del historiador. Ya se sabe que esos sesenta y seis años que abarca su libro han sido estudiados e investigados por un gran número de profesionales. El trabajo histórico requiere una apoyatura erudita que demuestre la tesis que se sustenta. Las notas a pie de página, el análisis de la coyuntura económica, el estudio de los censos de población, la demografía, los movimientos sociales, la acción política del Estado, etc., forman parte de una metodología necesaria para llegar a profundizar en los temas elegidos.

Rafael Abella se sitúa en el terreno del periodista. No analiza nada. Simplemente se dedica a poner de manifiesto los hechos y sus consecuencias. Nada hay tan clarificador como los hechos, la información pura y simple de lo ocurrido, debidamente constatado en anteriores trabajos de investigación histórica.

«De la Semana Trágica al 20-N» (Editorial Plaza-Janés, Barcelona, 1979, 248 pp.) es esto: un trabajo de divulgación histórica realizado con metodología periodística. El resultado no desdice, en modo alguno, el objetivo propuesto por el autor. El propio Abella nos advierte en la in-

troducción que se trata de un «esbozo histórico».

El autor ha conseguido con el presente texto que la historia de nuestro país pueda llegar a aquellos sectores a los que no alcanzaban los trabajos eruditos de los profesionales de la Historia.

El libro consta de dos partes bien diferenciadas: por un lado, el periodo que va desde 1909 hasta 1939, en el que «suceden periodos resonantes que eran como eslabones encadenados de un proceso histórico»: la Semana Trágica, la huelga revolucionaria de 1917, el desastre de Annual, la Dictadura de Primo de Rivera, la proclamación de la II República y la guerra civil de 1936-39; y por otro lado, la Era de Franco: de 1939 hasta el 20 de noviembre de 1975, fecha de la muerte física del dictador.

El autor nos señala que «si se ha detenido en la rememoración pormenorizada de los hechos que jalanan el devenir histórico entre 1909 y 1939, ha tenido que adoptar distinta metodología para narrar lo sucedido entre 1939 y 1975, enfocándolo como una Era, como un larguísimo ciclo, en el que sobresale, como episodio único y sin precedentes, el mantenimiento de Franco como solitario protagonista; y como tema dominante, el secreto de este mantenimiento». Lo que viene a confirmar lo citado anteriormente.

Dos temas expuestos en el presente libro merecen su comentario: el tratamiento que da a las figuras de Francisco Ferrer y Francisco Franco.

El autor, bebiendo en fuentes recientes, nos presenta un Ferrer distinto a la imagen que quisieron estereotipar los detentadores del Poder en aquella época. El fundador de la Escuela Moderna intentó impartir entre los niños asistentes a su centro los ideales del anarquismo, con teorías basadas en un racionalismo excluyente de todo dogma revelado. Se orientaba, como el propio Ferrer llegó a declarar, a hacer reflexionar a los niños sobre las injusticias sociales, las mentiras religiosas, gubernamentales, patrióticas, sobre la falsedad de la justicia, de la política y del militarismo. No es extraño, pues, que con tales teorías la oligarquía señalase a Ferrer como el cerebro rector de la Semana Trágica y ofrecer con ello a la opinión pública alguien a quien endosar la responsabilidad de los desafueros cometidos.



Rafael Abella concluye: «Transcurrido más de medio siglo del famoso proceso (a Ferrer), pocos son hoy los que, habiendo estudiado el proceso y analizado los hechos de la Semana Trágica, sostienen la tesis de la culpabilidad material de Ferrer. Queda el vidrioso aspecto de la culpabilidad moral, pero el trasfondo de la condena descubre que a Ferrer se le sentenció más por ser el propagandista de unas ideas ácratas que por acaudillar una insurrección. La ejecución de Ferrer y Guardia fue, hoy ya casi nadie lo duda, lo que suele llamarse un asesinato legal. Para Abella los resultados de la Semana Trágica fueron: «una revuelta necia y absurda, que discurrió sin líderes y a la que se le hizo el don de un mártir».

Y en cuanto a la figura y al régimen de Franco, el autor es concreto, lapidario y directo: fue un periodo de nuestra historia triste e involutivo. El gran parón que significó su «reinado» sumió al país en un desierto cultural en el que toda gestión tendía al asentamiento del gran capital, a castigar a los perdedores de la guerra y a premiar a todo un regimiento de corifeos y adictos. Abella nos dice que «esta dilatada etapa se nos presenta como un gran frenazo histórico, en el que su protagonista, teniendo como imperativo categórico la permanencia, careció de la imaginación necesaria para resolver unos problemas que a su muerte y con la extinción de su Régimen, han surgido con todo su vigor». ■ JOSEP CARLES CLEMENTE.